



HOGARES DON BOSCO
FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

**LOS PADRES Y EL NIÑO, EL TEMPLO Y LA
LEY**

**VII Congreso Internacional de María Auxiliadora
(Agosto 2015)**

Don Roberto Carelli

4. Los padres y el niño, el templo y la ley

Don Roberto Carelli

ORACIÓN

El matrimonio que nos acoge en su casa prepara una oración

La Iglesia, como su mismo nombre indica (*"ecclesia"* quiere decir llamada, invitación, convocación, reunión, del griego *ek-kaleo*, "llamar desde"), es el lugar en el que **nos reunimos como familia de Dios y aprendemos a ser familia**, el lugar en el que la familiaridad con Dios se presenta como fundamento y cumplimiento, crecimiento y maduración de nuestras relaciones familiares. En especial las casas de María desempeñan muy bien esta misión, porque allí está la Madre, aquella que ha engendrado y educado la humanidad del Hijo de Dios y que ahora nos educa a nosotros los hombres para vivir como hijos de Dios. Ella desempeña muy bien esta tarea, por estar llena y ser mediadora de gracia y porque es la primera y la más excelsa de las creaturas: presente en el misterio de la Encarnación como Madre del Verbo, es ella la primera de la creación; Inmaculada y Dolorosa, es mística aurora de la redención; Asunta al cielo a la derecha del Hijo, es la Mujer gloriosa modelo y meta de la Iglesia. ¡Por ello, así como un día fue el Paraíso de Dios en la tierra y ahora es Reina del Cielo, de la misma manera vive ella en plenitud la familiaridad con Dios y con los hombres y nos educa a esta familiaridad como ninguna madre del mundo sería capaz de hacerlo! Continuando nuestro itinerario "**de la casa de María a nuestras casas**", apenas nos situamos en la escuela del Evangelio, nuestra mente va a los **lugares en los que el sí de Dios al hombre y el sí del hombre a Dios se pronunciaron al unísono por vez primera**, realizando aquella nueva y eterna alianza de amor entre Dios y el hombre que está en el deseo y el designio de Dios. Y entonces la mente se traslada al silencio y a la humildad de la familia de Nazaret, donde a María se le anunció y donde Jesús fue educado; va después a Belén, donde entre el estupor de los ángeles, de los pastores y los magos, el Hijo de Dios fue acogido como hijo del hombre entre los cuidados de María y la custodia de José; y después al templo, donde los padres de Jesús experimentaron de un modo nuevo el misterio del Hijo, cuyas raíces no solo se encuentran en la casa de David y en el seno de María, sino en el Cielo, en el seno del Padre.

Pero quizá el episodio más ejemplar del culto de Dios como escuela de humanidad es la **Presentación de Jesús en el Templo (Lc 2,22-40)**. Allí el misterio de la familia se ilumina y se presenta como **entrecruce de generaciones y de vocaciones**, donde los gestos y las palabras humanas se mezclan con los ritos sagrados y las profecías divinas, realizando al mismo tiempo la trama celeste de nuestra vida terrena: vemos al Hijo, a los padres y a los progenitores, vemos a una joven familia que se presenta a los sacerdotes y se encuentra con dos consagrados, vemos a hombres y mujeres con su especificidad. Y hay **una peregrinación, un itinerario, en cuyo centro hay una ofrenda, un sacrificio**: María y José llevan al Niño a Jerusalén, lo presentan en el Templo y vuelven a Nazaret, donde se dice que "el niño iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él" (v. 40). Aquí se aprende que **el fruto del sacrificio, acto central del culto y corazón de los lazos familiares, es la felicidad y la fecundidad**: cuando nos ofrecemos nosotros mismos a Dios, Dios se ofrece a sí mismo a nosotros, y cuando le presentamos todo lo que somos, reconociendo que le pertenece, Él nos lo restituye en la gracia del Hijo para hacernos también a nosotros capaces de hacer de nuestra vida un sacrificio agradable a Él.

Volveremos sobre ello y con diversas perspectivas sobre este episodio evangélico tan denso y fascinante, pero precisamente en el paso de gracia que se realiza en el camino de ida y vuelta de la Sagrada Familia de Nazaret a Jerusalén, nos ofrece ocasión de profundizar en la primera norma de los lazos de amor, eclesiales y familiares: estos son siempre **comunidad de personas, unidad de diferencias, reciprocidades asimétricas**. Conviene ponerlo en evidencia porque la cultura que hace del hombre un individuo y del amor un sentimiento, que confunde la libertad con el arbitrio y la naturaleza con la espontaneidad, bajo pretexto de igualdad y de paridad, desvaloriza todo vínculo religioso (por

naturaleza vertical) y mortifica todo lazo familiar (por naturaleza diferenciado). Hay que aclarar, pues, que **las personas tienen todas la misma dignidad, pero que esta no está garantizada en términos de igualdad y paridad**, que son abstractas y formales, incapaces de honrar su maravillosa variedad y originalidad y al hombre creado por Dios y para Dios. Esto significa que ninguna forma de amor y ningún nivel de diálogo se favorecen silenciando y neutralizando las diferencias: la originalidad de los pueblos no puede ser globalizada, el nombre de “familia” no se compagina con cualquier tipo de afecto, el hombre y la mujer no son intercambiables sino complementarios, y todo lo que es masculino o femenino no es objeto de preferencia o de elección, sino don que acoger e intercambiar.

Es, sin embargo un hecho, que precisamente en torno a los valores de la familia se está verificando **una crisis no solo moral, sino antropológica**, que no afecta solo a las conductas de los hombres, sino a la visión misma del hombre. El papa Francisco ha hablado sobre ello con sencillez, claridad y fuerza: “la familia es un hecho antropológico. No podemos calificarla con conceptos de naturaleza ideológica, que tienen fuerza solamente en un momento de la historia y después desaparecen. No puede hablarse de familia conservadora o familia progresista: **¡la familia es familia!**” Ella debe volver a ser –así se han expresado los cardenales reunidos en el Sínodo de la familia- “primera escuela de humanidad”, “escuela de amor”, “escuela de comunión”, “palestra de relaciones”, “lugar privilegiado donde se aprende a construir relaciones significativas, que ayuden al desarrollo de la persona hasta la capacidad del don de sí”, “el lugar insustituible – afirma el papa Francisco en la carta apostólica *Evangelii Gaudium* – **donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros**”. Pero entonces es necesario reencontrarse con la comprensión y el gusto por las diferencias y las especificidades sexuales, familiares y culturales; la percepción inteligente de qué comporta el dar y el recibir, el contener y el transmitir; la comprensión sabia de lo que es santo y elevado y lo que es misterio y abyecto. De lo que es innatural, natural o sobrenatural. Sobre todo es necesario, a la luz de la palabra, **volver a dar importancia a todo cuanto responde al “sí” de Jesús y de María**: la “obediencia de la fe”, la “sumisión” a Dios y a su Ley, la docilidad a quien en su nombre nos precede y preside: ¡Aquí se encuentra el centro de la verdadera libertad! Lo más importante y decisivo es interiorizar la lógica profunda del Evangelio: que el Señor se ha hecho siervo, que la vida viene de su muerte, que quien es grande se haga pequeño y que de los pequeños es la verdadera grandeza, que guardar la vida es perderla y darla es encontrarla.

La escena de la Presentación en el Templo, es en este sentido, ejemplar por muchos motivos. Recogemos algunos, aunque solo sea someramente.

1. **Cuando se cumplieron los días de su purificación según la ley de Moisés – La acción de María y de José está guiada por el deseo de cumplir la Ley de Dios. Lucas lo repite varias veces. ¡La Sagrada Familia se somete a la Ley! Como explica Congar, esto vale, ante todo, para la Madre**: “María es purificada, aun siendo la perla y la gloria de Israel: se somete humildemente a la ley del Templo, privado del arca del testimonio, mientras ella misma es el templo del Espíritu Santo, el Arca de la Nueva Alianza”. Y si María se somete a la Ley, es porque también Jesús se somete a ella “y es rescatado según la ley de Moisés, aun siendo el redentor, y no solo de Israel, sino del mundo; es presentado en el Templo, y es más grande que el Templo: es él quien santifica el templo y toda ofrenda que se haga a Dios”. José, por su parte, aparece como humilde custodio de la Madre y del Hijo, se pone a su servicio: Lucas alude a esto varias veces en su Evangelio. Insistiendo en la unidad “del Niño y de la Madre”, hablando aquí de “su purificación”. Y si esto hace alusión a un privilegio de intimidad con Jesús, alude también a un destino común de cruz: volviéndose únicamente a la Madre – observa Galot – “Simeón quería indicar que a título único, a diferencia de José, ella estaría asociada al trágico destino del mesías”. Son inconfundibles las palabras que siguen: “Y a ti misma, una espada te traspasará el alma”.

2. **Llevaron al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor** – También Jesús, aun siendo Dios y Señor, por su condición de Niño y por su misión de Redentor (tenía que *asemejarse en todo a sus hermanos...* a fin de *expiar los pecados* del pueblo”: Heb 2,17), está sometido a la Ley: **¡Jesús no va al Templo, es llevado, y por el momento no es Él quien se ofrece, sino que es ofrecido!** Vale esto también para el Hijo que no se da la vida y la misión, la recibe. Es más, vale más dramáticamente para él, que se convierte en Señor no solo de su pueblo, sino de todas las naciones, convirtiéndose en siervo, sujetándose primero a la Ley, después a la Cruz: “mientras el rescate de los primogénitos se justificaba con la historia del pueblo judío - Dice Galot- el gesto de la presentación de Jesús debía asumir un horizonte más universal: el que estaba destinado por Dios

a ser luz de las gentes, debía pasar a través de *una particular condición de humillación*". De todos modos, entre los padres y el hijo, la sumisión y el respeto tienen también aquí una reciprocidad: debe en efecto, tenerse en cuenta que la Ley no prescribía llevar al primogénito a Jerusalén, sino solo pagar el rescate ante cualquier sacerdote, y así, María y José, presentado a Jesús en el Templo de Jerusalén, aunque no comprendieran todavía todo, antes sorprendidos por cuanto se decía de Jesús, manifiestan hasta qué punto consideran al hijo como propiedad de Dios.

3. Simeón lo bendijo y habló a María su madre – No es irrelevante el hecho de que *los padres llevan la ofrenda, pero son Simeón y Ana quienes manifiestan su sentido y su profundidad, amplificando la dimensión de acción de gracias ("ahora Señor, puedes dejar a tu siervo...") y la de ofrecimiento ("este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten, y como signo de contradicción...")*: **En efecto**, después de la declaración de Simeón y la intervención de la profetisa Ana, es cuando Lucas menciona el cumplimiento, por parte de María y de José, de las prescripciones de la Ley. **Así pues, también José y María, los más implicados en el acontecimiento de Jesús, dependen de la sabiduría de dos ancianos consagrados, quienes a diferencia de los dos jóvenes esposos, más inmersos en el presente, "tienen una visión más amplia" mirando al pasado y al futuro que tienen delante, de tal modo que los padres "estaban admirados por lo que se decía del niño"**. Por otra parte, la sabiduría de dos ancianos se beneficia del don que los dos jóvenes padres han recibido y que en el gesto ritual de la ofrenda no retienen para sí. ¡Grandeza y humildad de Simeón y Ana! En ellos, - observa Congar- "se resume toda la espera de Israel, que proféticamente está dispuesta a *ceder el puesto* a la realidad y *adejarse sobrepasar por ella*". Esta es la sumisión recíproca propia del amor: la espera de Simeón y de Ana se cumple gracias a la acogida de María y de José, y esta encuentra su profundidad mesiánica gracias a la cualidad profética de aquella.

4. Ana se puso también a alabar a Dios y hablaba del niño a cuantos esperaban la liberación de Jerusalén. – María ofrece al Niño y acoge la palabra de Simeón, mientras José la guarda en silencio; Simeón bendice y profetiza, mientras Ana alaba y testifica. **El hombre y la mujer sirven al señor de modo diverso**. Simeón comprende - explica Adrienne von Speyr-, "que será necesaria una obra de mediación entre el Señor y los hombres y que este rol compete solo a la Madre. Solo ella es tan pura que no pone obstáculos ni a la relación con el Hijo, ni a la relación con los hombres": los Apóstoles vendrán después, y deberán ser purificados y confirmados. Por otra parte, María recibe una palabra – palabra que la concierne íntimamente- de Simeón: "no es la madre –continúa Von Speyr- quien tiene el deber de la revelación, cosa que, en el fondo nunca concierne a la mujer... Su rol es otro: ha dado a luz al Hijo que es el Verbo divino. Ha recibido al Verbo bajo la forma de las palabras del Ángel y en la forma del Hijo mismo. También sucesivamente será la mujer, más que el hombre, quien sienta y reciba las palabras de Dios" Una cosa es la acogida de la palabra en el corazón y en el cuerpo, y otra la misión del anuncio apostólico.

Dejemos que esta palabra, con toda la profundidad de sus resonancias, ilumine, cure y transforme nuestros lazos familiares y comunitarios. Dispongamos nuestros corazones a vivir con fruto el tiempo del Adviento y Navidad, asistiendo a la escuela de Belén, de Nazaret, del Templo y aprendamos de la Sagrada Familia qué es el amor y como quiere Dios que se ame. El compromiso durante este tiempo sea de **una obediencia libre y afectuosa, paciente y agradable, respetuosa y gozosa** entre esposos y esposas, padres e hijos, abuelos y nietos; una obediencia capaz de reconocer y promover las diferencias como mediación del señorío de Dios. Señor Jesús, por intercesión de María Auxiliadora, **¡haznos crecer como has crecido tú, en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres!**

PARA EL DIÁLOGO

Subrayamos lo que más nos ha llamado la atención del tema y lo ponemos en común

De la casa de María hasta nuestros hogares

Dios Padre, que para tu gloria

y honor de la Virgen María,

inspiraste a tu siervo San Juan Bosco,
edificar un templo en honor de la Madre de Dios,
bajo la advocación de “Auxiliadora de los cristianos”,
escucha nuestra plegaria confiada.

El apóstol de la Auxiliadora estaba convencido
de que la Virgen misma había construido sus casa,
de la que se irradiaría su gloria.

También nosotros proclamamos con gozo
que María es la casa de oro adornada con los dones del Espíritu,
el aula real iluminada por el Sol de justicia,
la ciudad santa alegrada por ríos de gracia,
el arca de la alianza que contiene al autor de la nueva ley,
Jesús, Salvador del mundo.

Te suplicamos que, guardando la gracia de los sacramentos,
nuestras casas sean lugares de comunión, perdón y solidaridad.

Tu misericordia se revele también en nuestra generación
con más fuerza que cualquier forma de división y de violencia,
y la educación a la vida feliz del evangelio
se transmita a las nuevas generaciones. Amén.